



*México Interdisciplinario / Interdisciplinary Mexico*

ISSN 2193-9756



## XIV. La experiencia judía en México

2018/2, año 7, n° 14, 156 pp.

Editores: **Jacobo Sefamí / Matthias Lehmann**

DOI: 10.23692/iMex.14

---

### Una genealogía periférica: entrevista a Margo Glantz

(pp. 134-146)

**Jacobo Sefamí**



Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)

Website:

[www.imex-revista.com](http://www.imex-revista.com)

Editores iMex:

Vittoria Borsò, Frank Leinen, Guido Rings, Yasmin Temelli

Redacción iMex:

Hans Bouchard, Bianca Morales García, Ana Cecilia Santos, Stephen Trinder

## Una genealogía periférica: entrevista a Margo Glantz

Jacobo Sefamí

Hace muchos años (en 1982-1983), Margo Glantz fue mi asesora en una beca que me concedió el Instituto Nacional de Bellas Artes para escribir ensayo. Teníamos reuniones semanales, al principio, en sus oficinas; ella fungía como Directora de Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. Pero las constantes interrupciones, llamadas y visitas, hicieron que un día se exasperara y me invitara a dialogar en su casa. Fue increíble para mí porque descubrí (como lo había hecho con Esther Seligson, en esa misma época) que el mundo judío no se restringía solo a la Torá, o al libro de rezo (yo venía de una familia de comerciantes desinteresados por leer), sino, al contrario, su biblioteca abundaba en múltiples y abarcadores temas; me di cuenta de que estaba frente a una autora que tenía una gran avidez por el conocimiento universal y que lo judío consistía precisamente en salirse de los márgenes restrictivos de la religión.

Seguí leyendo a Margo Glantz, como crítica y como autora de creación, a lo largo de los años. *Las genealogías* –su novela, memoria familiar y en cierto modo autobiografía– se convirtió (no solo para mí) en un modelo a seguir, un clásico de la literatura de migrantes, remitiendo, por un lado, al gran acervo de la cultura de los judíos ashkenazíes (de Europa Oriental) y, por otro, mostrando el diálogo con los artistas y escritores de la época postrevolucionaria en México y la propia generación de los cincuenta y sesenta a la que pertenecía Margo. Dentro de su amplio repertorio, aparecerán luego múltiples reflexiones acerca del Holocausto en análisis de autores como Primo Levi, Paul Celan, Jean Améry, Georges Perec y otros, incluidos en *La polca de los osos*, o en los textos breves, incisivos, descarnados, de *Saña*.

Margo Glantz es una autora universal, abarcadora. Decidí limitar esta entrevista –realizada, por teléfono, el 30 de marzo del 2018– sobre la "experiencia judía" sólo a los temas anteriormente mencionados. Obviamente, representan una faceta pequeña de su experiencia vital y de su vasta obra.\*

\*\*\*

---

\* Agradezco la ayuda de Karem Delgado en la transcripción de esta entrevista.

**Jacobo Sefamí [J.S.]:** En *Las genealogías*, dices: "Quizá lo que más me atraiga de mi pasado y de mi presente judío sea la conciencia de los colorines, de lo abigarrado, de lo grotesco, esa conciencia que hace de los judíos verdaderos gente menor con un sentido del humor mayor, por su crueldad simple, su desventurada ternura y hasta por su ocasional sinvergüenza". ¿Podrías explayarte en estos conceptos acerca de lo judío? Me interesa la noción de lo "abigarrado" y de lo "grotesco".

**Margo Glantz [M.G.]:** Bueno, mira, en realidad, lo que planteo allí es un judaísmo que yo no conocí, el de mi padre y el de los judíos de Europa Oriental antes de ser asesinados. Pienso en los *shtetls* de la Europa Oriental, Polonia, Ucrania, Rusia, en los barrios donde los judíos vivían, con todos sus oficios, con su carnicero *kosher*, con el que hacía la circuncisión, los rabinos, los judíos que vendían ropa o los que se aprovechaban de la ropa de los recién muertos. Ese judaísmo precario, pero intensísimo que funcionó de una manera muy importante en lo que fue la Europa Oriental, lo que fue la Galitzia austriaca, lo que era Polonia, bueno, Galitzia tiene que ver mucho con Polonia y con Ucrania. Era el antiguo Imperio Austro-Húngaro: hay que pensar cómo fue cambiando de geografía o, más bien, de nacionalidad. Dentro de ese mundo, los judíos eran figuras importantísimas, pero marginales. Yo sólo lo conozco a través de relatos de otros judíos, de relatos de mi padre, y de películas que he visto: unas películas polacas, por ejemplo, las de Andrzej Wajda, donde se ve la enorme falta que hacen los judíos que antes del Holocausto habitaban esos lugares o, como lo que cuenta Isaac Bábel, asesinado por Stalin, en sus *Cuentos de Odessa*.

Entonces, ese tipo de judaísmo muy concentrado en ciertas regiones, con una tradición de muchos siglos, que mantenían sobre todo los judíos *ashkenazim*, que mantenían el idioma, el ídish; que mantenían las tradiciones religiosas, las tradiciones comunitarias, y que además era muy popular. Entonces, ese judaísmo es el que me atrae enormemente y es al que perteneció mi padre, que nació en un pequeño *shtetl* en Ucrania.

**J.S.:** Ese mundo, obviamente, forma parte del pasado.

**M.G.:** Sí, es un mundo del pasado que yo rememoro. Traté de trabajar ese mundo para entender la infancia de mi padre. Porque mi madre nació en un pequeño pueblo pero se mudó con su familia a Odessa, y era una familia más o menos de clase media. Mi mamá no hablaba ídish, sin embargo fue a un *gimnasio* judío; era de una familia más acomodada, más pequeño burguesa que la de mi papá, que era una familia totalmente campesina. Mi papá salió de ese mundo por la Revolución Rusa. Porque la Revolución Rusa acabó con los pequeños *shtetls*; revolucionó todo, definitivamente. Mi papá quedó solo, y empezó a deambular por las provincias ucranianas hasta que llegó a Odessa. Entonces, es un judaísmo que empieza también

a volverse comunista por la Revolución Rusa. Tú sabes perfectamente que la Revolución Rusa contó con muchísimos ideólogos y partisanos judíos.

Mi papá se convirtió en un joven komsomol y aprendió por tanto el comunismo; era marxista y como komsomol enseñaba a otros jóvenes. Los judíos no se diferenciaban entonces aparentemente de los rusos o los ucranianos y se creían haber liberado de la discriminación tradicional zarista con el comunismo, como sucedía cuando él nació, porque vivió en un gueto. Entonces, yo me inspiré en lo que él me contaba y lo que yo leía de esa época, para entender un poco mejor a mi padre joven.

**J.S.:** Pero, entonces, según esto, habría diferentes tipos de judíos. Es decir, los de los que me estás hablando, que provienen de los *shtetls*, y aquellos de donde viene tu madre, los de Odessa. Se concebirían diferentes formas de judaísmo.

**M.G.:** Bueno, el judaísmo de mi padre era campesino; el de mi madre, uno un poco más asimilado, pequeño burgués. Mis tíos maternos tenían algunos oficios artesanales, pero era gente mucho más culta, iban a la ópera, tenían una vida mucho más internacional, más citadina que la que tuvo mi padre. Para entender eso, yo trabajé muchísimos textos y fotografías, libros de fotografías de lo que fueron los judíos en esa zona. Y, claro, trabajé mucho a Babel, a escritores que tenían que ver con el judaísmo: a Sholem Aleijem, etc., etc.

**J.S.:** En esa misma parte en que describes el concepto de lo judío en relación a tu padre, como me lo explicas ahora, se habla también de la ternura, de la crueldad, de la desfachatez del sinvergüenza, es decir, son como diferentes actitudes hacia la vida.

**M.G.:** Pues, sí, había judíos pillos, que se aprovechaban de los demás, pero no lo eran todos, obviamente. Por ejemplo, me impresionaba mucho cómo había gente (por ejemplo, en las ciudades de Polonia y la antigua Galitzia) que estaba siempre esperando que se muriera alguien para quedarse con la ropa del muerto, porque vivían en gran precariedad y tenían carencias infinitas de objetos y alimentos. Entonces, aprovechaban todo lo que podían para poder sobrevivir. Se necesita tener cierta desfachatez para poder sobrevivir en ese contexto. Cuando veo las fotografías, no veo los colores porque eran fotografías color sepia, o blanco y negro, pero yo me imaginaba una cosa muy colorida. Hay películas que recreaban ese mundo. Digamos que me refería a ellas, sin decirlo.

**J.S.:** Y también hablas del sentido del humor judío. Yo siempre he pensado que tú tienes un humor judío, pero cuando alguien me pregunta, ¿qué es el humor judío?, no sé muy bien explicarlo. ¿Tú lo podrías explicar?

**M.G.:** Bueno, me cuesta trabajo, pero mi papá tenía mucho sentido del humor. Siempre estaba haciendo chistes; siempre hacía reír en sus versos que son muy difíciles de traducir

porque juega mucho con las palabras. Hay siempre una connotación muy pícara. Al mismo tiempo, hay un sentido del humor como muy alegre pero al mismo tiempo muy sombrío, como un humor a pesar de las vicisitudes y tragedias que vivieron los judíos. Hay una cosa casi como de sátira. Una capacidad de hacer juego de cosas que pueden ser muy siniestras también. O, también, jugar con todo a pesar de lo terrible que puede ser la vida porque realmente fueron muy pobres, muy perseguidos. Mi padre tuvo que sufrir varios *pogroms*. Y mi madre también en Odessa llegó a ver cómo con la revolución se incrementó la posibilidad de que los cosacos cometieran tropelías y se lanzaran contra los judíos. Es decir, el problema del antisemitismo era muy violento, al grado de que tuvieron que emigrar tres hermanos de mi padre a Estados Unidos en 1905. Mi papá era el más pequeño de sus hermanos, se quedó con sus padres. Y luego otros dos hermanos que participaron en la Guerra Mundial, los reclutaron para el ejército, que en cuanto pudieron dejar el ejército en 1917 aprovecharon para irse con sus hermanos a Estados Unidos. Hay un judaísmo muy de diáspora y de *shtetl* que me interesaba mucho, en el cual siempre destaca un juego de humor. En medio de las desgracias, el judío encuentra una ironía para poder sobrevivir.

**J.S.:** ¿Y también tiene que ver con burlarse de sí mismo, no?

**M.G.:** Más bien te burlas de los otros pero también de ti mismo.

**J.S.:** ¿Y cómo se compararía eso con el sentido de humor mexicano?

**M.G.:** El del mexicano es un sentido de humor más machista, donde el albur tiene una importancia muy grande que tiene que ver mucho con el sexo. También los judíos tienen chistes albureros, a mi papá le encantaba contar chistes verdes. Pero, bueno, creo que tiene que ver más bien como que una filosofía de la vida que se expresa a través de un sentido del humor.

**J.S.:** También, en *Las genealogías*, citas a Isaac Bashevis Singer: "Los judíos no registran su historia, carecen de sentido cronológico. Parece como si, instintivamente, supieran que el tiempo y el espacio son mera ilusión".

**M.G.:** Sí, mi papá estuvo muy cerca de Bashevis Singer, lo conoció. Un hermano de Bashevis Singer también emigró a los Estados Unidos, se llamaba Yud Yud (sus iniciales en ídish) Singer, que escribió una novela, *La familia Carnovsky*, y pudo emigrar a los Estados Unidos como los hermanos mayores de mi padre. Bashevis hubiera podido haber muerto en un campo de concentración, pero salió a tiempo. Cuando él llegó a Nueva York y lo estaban esperando sus hermanos no los reconoció porque estaban vestidos como gente europea o gringa, es decir, con traje y todo lo demás, o cómo él decía, como nobles polacos, y él venía de un *shtetl*. Era muy impresionante que dos hermanos que eran muy cercanos en el sentido que los dos escribían en ídish, los dos tenían la tradición muy larga de literatura y de vivencia, pero al

mismo tiempo habían pasado por circunstancias muy diferentes, y entonces su aspecto y aún su literatura eran muy diferentes. Creo que Bashevis Singer es mucho más tradicional en cuanto a leyendas y cosas de religión judías que quizá *La familia Carnovsky*, de su hermano.

**J.S.:** A mí me encanta Bashevis Singer, es un gran escritor. Pero me quería detener con el concepto de que "no registran su historia", de que "carecen del sentido cronológico". Dices tú más adelante, en ese mismo párrafo: "Esa sensación de un tiempo largo, gelatinoso, contraído y dispuesto a resumirse en un tema con múltiples variaciones y *cadenze*, coincide con la vida de mis padres". Es decir, como si no hubiera una cronología, sino repeticiones.

**M.G.:** Bueno, como que el hecho de vivir en la diáspora durante tantos siglos, el hecho de haberse mantenido judíos a pesar de las circunstancias adversas en las que vivieron la mayor parte de los judíos que vivieron en Europa, quienes, a pesar del antisemitismo, a pesar de las matanzas, resistieron: una especie de persistencia fuera del tiempo. Y, además, los espacios geográficos eran poco definitivos porque en muchas ocasiones no pudieron vivir demasiado tiempo en un mismo lugar. Siempre fueron expulsados los judíos de donde estuvieron. La imagen del exilio, la imagen de la diáspora, es una cosa totalmente presente para los judíos. Y la diáspora plantea un espacio muy indefinido, muy extraño, muy misterioso, nunca se sabe hacia dónde irían a partir, cuál sería su destino, aunque vivieran por varias generaciones en el mismo lugar. Por ejemplo, la historia de mis papás es muy evidente, sobre todo la de mi papá. Nace en una pequeña ciudad, Cremenchug. Luego se van al gueto en Novo Vitesvk; era un gueto que se constituyó con parte de los judíos de Vitevsc, donde nació Chagall. Es como una especie de exilio desde Vitevsk para irse a otro pequeño gueto, donde los judíos a los que en general les tenían prohibido ser campesinos se volvieron campesinos. Son como alternancias, cosas muy complicadas, muy indefinidas de vida. Los espacios fueron imponderables y como que el tiempo se vuelve la diáspora misma y es difícil hacer cronología de la diáspora vitalmente, cotidianamente. Hay siempre la sensación de que te pueden correr, de que el tiempo se te va a acabar, de que el espacio se te va a acabar. El tiempo y el espacio son inciertos.

**J.S.:** Muy acertado lo que dices. A mí me hizo recordar un libro de Yosef Yerushalmi que se llama *Zajor*, en donde dice que realmente no hay historiografía judía, más que nada hay repetición de ritos.

**M.G.:** Mira, ahora hay una historia judía distinta debido a la creación del Estado de Israel y además hay otra historia judía más antigua, la de la Diáspora, del antisemitismo. Es como una historia que va variando en los diferentes países en donde viven pero se mantiene también un denominador común que es el de la religión, de las tradiciones, etc. La relación con el hebreo,

por ejemplo, la relación con la *bar mitzvah*, con la ceremonia de boda. Todo ese tipo de cosas hacen como que el tiempo persista, ¿no? Y al mismo tiempo sea un tiempo indefinido.

**J.S.:** De acuerdo. También tenía una pregunta adicional respecto a esto mismo: ¿Cómo funciona el tiempo, la memoria familiar y la memoria de un pueblo, tanto el judío como el mexicano, o incluso el universal, en tu obra? Porque en tu obra hay muchas referencias a la memoria; por ejemplo, el libro *Yo también me acuerdo*. O sea, muchas cosas tienen que ver con memoria. Es un tema que aparece y reaparece, y no solamente vinculado con el tema judío.

**M.G.:** Bueno, soy una mujer muy vieja. Y mi memoria se remonta a mucho tiempo atrás. *Yo también me acuerdo* pertenece a una tradición de escritura, está en Joe Brainard y en Georges Perec. Y yo me inserto allí con la misma fórmula que es esa anáfora: "Yo me acuerdo, me acuerdo, me acuerdo". Y todos los textos han de empezar con "me acuerdo". Y al acordarte, me acuerdo de mi propia biografía y me acuerdo de la biografía de mi vida en la ciudad, me acuerdo de la biografía de mi tiempo en la historia y me acuerdo de mi biografía literaria. Me introduzco también en *Las genealogías*, aunque lo que más me interesaba a mí era introducir la memoria de mis padres. Porque yo quería entender cuál había sido su mundo antes de llegar a México, y tuvieron una genealogía tan cercana, tan visceral y tan diferente al mismo tiempo.

**J.S.:** Sí, y relacionado también con ese concepto que me estabas comentando de tiempo y de espacio, en tu obra también es muy preponderante el tema de los viajes; llevas toda la vida viajando, y entonces aparece la literatura de viaje como una autobiografía tuya, de hecho tienes un ensayo sobre la literatura de viaje como autobiografía.

**M.G.:** Estoy haciendo un libro que se llama, bueno, no sé cómo se llama todavía, pero justo de eso voy a hablar en el coloquio de mexicanistas que se celebrará en Bochum. Es un libro que estoy escribiendo hace muchos años, que he ido publicando en periódicos, en revistas, he ido haciéndolo para conferencias, etc., y lo estoy estructurando porque me he pasado la vida viajando. Desde que yo era muy jovencita, a los diecisiete años, no, a los quince años, mi padre empezó a viajar muchísimo por el mundo porque trabajó en el Joint, una asociación judía de la Diáspora próspera que colectaba dinero en todas las comunidades judías del mundo para conseguir repatriar a todos aquellos que habían sobrevivido el Holocausto. Mi papá viajó por toda América muchas veces, que fueron como cinco años. Entonces iba a Brasil, a Panamá, a Perú, a Ecuador, a Argentina, a Uruguay. También fue a Estados Unidos, a Nueva York, tenía amigos en Canadá. Y luego también muchos años después, cuando se formó el Estado de Israel, en Israel. Viajó muchísimo, a China, a África. Era muy importante verlo regresar de sus viajes al pequeño aeropuerto de la Ciudad de México, y preocuparme por lo que me traía de regalo,

pero, al mismo tiempo, saber que el viaje era definitivamente algo fundamental en un futuro mío.

**J.S.:** Sí, de acuerdo, porque has escrito tantos textos o crónicas de viajes que en tu obra debe ser considerable.

**M.G.:** Sí, es considerable y lo estoy arreglando.

**J.S.:** ¿En qué medida el viaje te hace identificarte como judía? Porque digamos que está ese concepto del judío errante, el que no pertenece a ningún lado y que está siempre deambulando...

**M.G.:** Yo entiendo que el puro hecho de que tengas una sensación de éxodo, esa sensación de diáspora, quieras o no quieras, que involucre el tiempo y el espacio, te hace anclarte en un elemento judío. Yo soy muy asimilada y mis padres vivieron en condiciones difíciles y no pudimos ir al colegio israelita cuando éramos chicas. Es decir, que íbamos a colegios del barrio y que teníamos un contacto importante con las sirvientas que eran muy católicas, que nos llevaban a misa, que nos llevaban a la iglesia. Y, además, a mí una familia me convirtió al catolicismo y a mi hermana también, entonces era un judaísmo muy complicado el mío. Por un lado, me sentía yo muy judía, y por otro, me sentía muy mexicana. Me interesaban las historias de monjas y de mártires, y la de Cristo porque estaba yo muy vinculada a ello. La semana santa en el pueblo de Tacuba, donde vivimos mucho tiempo, eran muy importantes las procesiones, el sábado de gloria con los Judas que eran unos gigantescos muñecos de papel maché como los que hay en el museo de Diego Rivera. Eran comunes y corrientes: los colgaban de los hilos del telégrafo. Entonces, para mí era un mundo muy colorido y temible, porque los Judas representaban a los judíos traicioneros, y yo era judía y se hablaba de matar a los judíos que habían asesinado a Cristo, que también era judío. Creo que mezclo lo colorido mexicano con una idea de lo que creo que fue lo colorido judío, porque yo no conocí ese mundo.

**J.S.:** De acuerdo.

**M.G.:** Por otro lado, siempre está presente la familia judía *ashkenazi*, los tíos; el *jale*, el *guefilte fish*, la comida de *Peisaj*, la comida de *Rosh Hashaná*, la comida de *Yom Kipur*, después del día del perdón, aunque yo nunca ayuné, por ejemplo. Pero todo eso estaba muy presente. Y, por otro lado, también me interesaba enormemente toda la tradición judía internacional, lo que eran los judíos en el mundo contemporáneo. Lo que había sido Sigmund Freud, lo que fue Walter Benjamin, lo que fueron Kafka, Joseph Roth, Bashevis Singer, Georges Perec, Primo Levi, toda esa gente. Yo me siento completamente identificada con ellos. Si tú quieres, no hay una identificación religiosa, pero sí de tipo literario.



**J.S.:** Sí, lo dices muy bien. Yo celebro mucho en ti, en *Las genealogías*, cómo trazas toda esa rica tradición judía askenazí. En el medio cultural mexicano, lo que estás haciendo en *Las genealogías*, es trazar toda una trayectoria cultural importantísima, y que no sé si se ha hecho por otros artistas o escritores de otras latitudes. Pero creo que haces un gran trabajo allí en ese recorrido, pasando por tantos pensadores, artistas, escritores. Y lo impresionante es que tu padre conocía a muchos de ellos. Y, por otro lado, toda la generación, digamos, mexicana, empezando por la de los pintores, de Rivera en adelante y pasando por la generación tuya misma, y todos convergiendo en el restaurante Carmel. Tienes a la gente comiendo cocina ashkenazí; todos compartiendo y conviviendo esa dualidad cultural y artística, ¿no? ¿Cómo ves ahora esa época? Me estoy refiriendo a los años cincuenta, por ahí.

**M.G.:** El Carmel abrió en 1955. Yo estaba en Francia, regresé en el 58. Pero a partir de allí hasta el 73, en que el Carmel estuvo vivo, pues yo estaba siempre vinculada al Carmel. Todos los sábados comíamos allí. Muchas veces yo ayudaba a mis padres, me quedaba en el restaurán para que mi mamá se fuera a la casa. Fue un restaurán donde había un público muy mixto. Fue el primer restaurán judío, estilo *kosher*, en esa zona. Luego abrió el Kineret. Pero mucha gente de la comunidad judía venía a comer. Y, también, muchísimos poetas y pintores porque mi papá era muy curioso, como decía mi mamá. Y siempre trató de conocer gente. Aunque fue una figura importante en la comunidad y escribió en dos periódicos durante toda su vida, y estuvo muy presente en esa comunidad, era también un hombre muy preocupado por lo mexicano, por la cultura. Le interesaba muchísimo la pintura, el arte. Mi padre me llevaba todos los domingos a Bellas Artes. Yo iba a los conciertos de Carlos Chávez. Y de muchos de los grandes maestros de la música que vinieron a México, que hubo un momento en que vinieron muchísimos. Estuvo la María Callas, Nathan Milstein, Kleiber (un director alemán muy importante). Mucha gente estuvo aquí. György Sándor, que fue un gran pianista húngaro... El Carmel servía mucho como aglutinante de lo mexicano y lo judío.

**J.S.:** Sí, y lo interesante es que todo coincide en la cocina. Bueno, y pasando a otra pregunta, me interesa también el último texto que agregaste a *Las genealogías*, en 1997, que se llama 'La (su) nave de los inmigrantes', que es una reflexión acerca de tu madre. Te concentras sobre todo en la identidad del exiliado, en la lengua, porque es muy interesante lo que haces allí con la lengua y cómo hablaba tu madre. Pero sobre todo me interesaba ver cómo los enemigos, los antisemitas rusos, de repente se convierten en gente que quiere por ejemplo que los pollos sean *kosher* y no los maten al estilo mexicano, sino con *shojet*, al estilo judío. Entonces, es muy interesante esta nueva manera en que se re-acomoda todo ese mundo de los inmigrantes. ¿Cómo se construyen estas nuevas identidades, y qué importancia tendrían las lenguas?

**M.G.:** Pues, mira, mi mamá sabía sólo ruso, no sabía ídish. Mi papá sabía ídish, sabía hebreo, sabía ruso. Luego cuando se murió hablaba ucraniano porque ellos nacieron en Ucrania. Ucrania siempre ha tenido problemas de identidad y de geografía porque ha sido colonizada por los rusos, formó parte de Polonia, parte del Imperio Austro-Húngaro: todo ese mundo era un mundo muy complicado: de Galitzia, Ucrania. Lo que fue Galitzia ahora es Ucrania, ¿no? Pero en un tiempo fue ruso. Y los rusos siempre estuvieron conquistando. Sobre todo con el socialismo. Cuando mis padres nacieron, Ucrania era rusa, porque había sido una conquista de los Zares. Luego vino la revolución rusa, luego vino Stalin y siguió siendo rusa y el idioma que ellos hablaban era el ruso. Mi mamá, que yo sepa, nunca habló ucraniano. La historia de esa región fue muy complicada. Ahora acaba de salir un libro muy interesante que se llama *Calle Este Oeste*, de un inglés, Philippe Sands, cuyos abuelos vivieron en la ciudad que se llamaba Lemberg durante el Imperio Austro-Húngaro, luego Lvov y ahora con los polacos se llama Lviv. Es una zona que fue del Imperio Austro-Húngaro, luego pasó a ser polaca y luego ucraniana. Ahora es otra vez polaca, me parece. Digo, hay una cosa así muy ambigua en esa zona geográfica, muy incierta, donde la gente se despertaba con otras nacionalidades de un día para otro. Yo me acuerdo de una amiga mía que se apellidaba Mink y su hermano se apellidaba Mintz porque escribía Mintz con zeta y Mink lo decía con zeta también, pero ella lo pronunciaba Mink, porque la ortografía era Mink, pero cuando cambió de nacionalidad se volvió Mintz. La misma familia era Mintz y Mink, ¿no? Ese tipo de cosas es muy importante. Mis padres nacieron en esa zona intermedia. En Odessa, en Kiev. Ahora es totalmente ucraniana y está peleada con Rusia a muerte. Los ucranianos estuvieron muy peleados con la Unión Soviética – Stalin los castigó enormemente. Mi madre, te digo, fue completamente rusa en ese sentido, aunque nació en Ucrania. Mi padre, yo creo que cuando niño aprendió ucraniano porque al morir, recordó sobre todo el ucraniano. ¡Yo no sabía que hablaba ucraniano!

**J.S.:** En el caso de tu madre, estando ya en México, se empieza a relacionar con rusos no judíos.

**M.G.:** Ah, bueno, porque, en el momento en que todos se exilian y tienen un territorio y una lengua en común, se vuelven parte del mismo territorio y de la misma lengua. Cuando yo llegué a Viena, me encontré con que algunas de las comidas que mi mamá hacía también se encontraban allí. Es una comida del Este de Europa. Y el *borscht*, que mi mamá cocinaba, es completamente ruso, ¿no?

**J.S.:** Desde hace tiempo, tanto en *La polca de los osos* como en *Saña*, aparece el motivo de la *Shoá*; se establece de algún modo una posición ética respecto a la obligación de recordar, como si se renovara el *zajor* (obligación de recordar) bíblico, pero planteado en términos no

religiosos: "los otros tienen el deber de recordarla, y convertirla en memoria colectiva, como si fuera un nuevo mandamiento". Es un tema al que vuelves, en especial vinculado con tus lecturas de escritores sobrevivientes del Holocausto, un tema que te preocupa en los últimos veinte años, o tal vez más.

**M.G.:** Me preocupa desde que era yo jovencita. En el 39 mi padre fue atacado por un grupo de mexicanos que estaban afiliados al nazismo. Estuvo a punto de morir, porque lo iban a linchar. Era una especie de *pogrom*. Utilizaron a mi padre como enemigo fundamental porque tenía un aspecto muy muy judío. Tenía esa barbilla puntiaguda, el pelo rizado, los ojos muy azules; una estructura física que inmediatamente se relacionaba con lo judío. Entonces, al hacer una manifestación pro nazi, al primero que escogen es a mi padre. Uno de mis primeros recuerdos infantiles más desastrosos, más traumáticos, es recordar a mi padre a punto de ser asesinado por un grupo de camisas doradas, que eran nazis. Había un momento en que México todavía no decidía si apoyaba al Eje o apoyaba a los Aliados. Digamos que en ese primer momento, yo ya estaba muy consciente de que había un antisemitismo progresivo brutal que se gestaba en Alemania y que en México estaba teniendo también repercusiones. Entonces, desde los nueve años yo estoy muy vinculada con el Holocausto. Aunque todavía no existía el Holocausto, ya había habido manifestaciones en Alemania terribles en contra de los judíos. Ya había judíos alemanes que habían emigrado a México. La familia de Margit Frenk, por ejemplo, salió porque casi matan al papá también. Aunque eran judaísmos muy diferentes, porque el de Margit Frenk y Mariana Frenk era un judaísmo muchísimo más de elite. En casa de mi madre era más parecido porque mi mamá sí estuvo muy educada en ciertos contextos. Mi papá, te digo, era un pequeño campesino que lo primero que aprendió fue el hebreo en el *Jeider*. Era fundamentalmente judío mi papá, de *shtetl*. Eso permaneció siempre, sin embargo mi padre tuvo siempre curiosidad por el mundo exterior. Yo creo que eso fue muy importante en la Revolución Rusa. Era judío por excelencia pero estaba muy vinculado con la cultura que no era judía también. Luego, me acuerdo que empezaban a pasar también noticieros en que se hablaba del nazismo, de cómo estaban las cosas... todavía no se sabía exactamente lo que había pasado, pero ya se vislumbraba. Ya se sabía que había trenes que iban a lugares lejanos y que la gente no regresaba, todo ese tipo de cosas. Y había noticieros que yo veía: chicas así de trece, catorce, quince años como yo, que se parecían a mí porque eran de un tipo muy judío, entonces ya en ese momento yo me sentía completamente vinculada y familiarizada con eso. Y luego, cuando llegué a París, que fue a los veintitrés años, acababa de salir una película muy importante de Alain Resnais, que se llamaba *Noche y niebla*, uno de los documentales sobre el Holocausto más extraordinarios que hay. Auschwitz hacía poco tiempo que había sido liberado por los

Aliados. Y lo que él hace es una película, un documental en donde sólo hay imágenes y la voz de Jean Cayrol, él mismo deportado, un texto muy bueno, que narra lo que pasó, no de manera directa, sino al bies. A mí me impresionó mucho en París. La vi como hacia el 55. Bueno, y constantemente leo a escritores como Jean Améry, que era un judío austriaco, que no tenía nada que ver con el judaísmo, sólo haber sido nacido judío de padres judíos. Pero de repente, con el nazismo, lo vinculan con el judaísmo y él no se siente judío, se siente austriaco. Y acaba en un campo de concentración y lo torturan. Primero se va a la Resistencia y lo torturan. Luego está en Auschwitz al mismo tiempo que Primo Levi. Lo mismo le pasa a Primo Levi. Él no se sentía judío pero era de una familia judía asimilada y era completamente italiano de formación. Y como es judío lo mandan al campo de concentración. También él entra a la Resistencia, lo agarran como partisano, y acaba en Auschwitz. Ese tipo de personajes a mí me interesa enormemente. Además, en París lo vi mucho porque acababa de pasar la guerra. Llegué en el 53. Llevaba ocho años de haberse acabado la guerra. Todavía había racionamiento, había muchas posibilidades de tener contacto con gente que había vivido la guerra muy directamente. Y había conocido estudiantes alemanes que iban a Francia a estudiar, con los que hablaba yo. Digamos que desde el principio yo quería trabajar en eso.

**J.S.:** Ahora, en *Saña*, enfatizas la experiencia, digamos, de lo repulsivo, diría yo: el hedor, el excremento, el vómito, la sangre coagulada, el cambio de color de la carne al morir, las cenizas, hay como un énfasis en el detalle, en muchos de estos textos.

**M.G.:** Mira, yo quería escribir un libro sobre el Holocausto. Estuve trabajando muchísimo hace como veinte años. Leí una cantidad infinita de libros. Me leí a Primo Levi, a Perec, a Améry, a muchos judíos sobrevivientes. Leí muchos relatos del Holocausto, a Poliakov, a muchísimos, a muchísimos teóricos. Leí mucho a Giorgio Agamben, que escribió un libro maravilloso que se llama *Lo que queda de Auschwitz*, y todo tipo de cosas así. Junté mucho material, y quise escribir un libro. Pero llegó un momento en que era tan terrible la posibilidad de escribirlo que no me sentí con fuerzas. Entonces, lo que trabajé sobre el Holocausto lo fui trabajando para diferentes textos. Y siempre escribo sobre el Holocausto en cualquiera de mis libros porque es un tema que para mí es fundamental.

**J.S.:** Tienes esa sección titulada 'La tumba sin sosiego', de *La polca de los osos*, donde aparecen varios de los ensayos sobre esos escritores.

**M.G.:** Sí. *La tumba sin sosiego* es el título de un libro de un inglés muy importante, que a mí me gustaba mucho leer. Acabo de leer ese libro que te digo de Philippe Sands, que reconstruye la vida de los judíos de Galitzia y habla sobre el comandante nazi que mandó a todos los judíos al campo de concentración, y narra la historia de dos judíos que sobrevivieron

y lucharon por imponer dos figuras jurídicas que son, por un lado, la llamada Crímenes contra la Humanidad y, por otro lado, el Genocidio. Fueron dos judíos que habían nacido en esa zona de Galitzia, un libro interesantísimo que acaba de salir hace como un año. Y, como te digo, las películas, desde *Noche y niebla*, hasta *Shoah* y *Sobibor*, de Lanzmann.

**J.S.:** ¿Te preocupa que esté toda esa gente que niega el Holocausto, la aparición de un nuevo antisemitismo, o el antisemitismo que siempre ha existido que cobra nuevo vigor?

**M.G.:** Es evidente, y es evidente también que la creación del Estado de Israel ha cambiado totalmente la visión de lo que son los judíos. Yo no estoy de acuerdo con Netanyahu ni con un judaísmo fundamentalista. Yo creo en un Estado judío binacional. Digo, en un Estado judío y un Estado palestino. Creo que se ha envenenado terriblemente la relación entre judíos y palestinos, y que va a ser muy difícil que haya una reconciliación. Pero creo que les correspondía a los palestinos tener ese Estado, no sólo a los judíos, sino también a los palestinos. Y el afán de crear territorios, digo, fraccionamientos en territorio palestino, me parece tremendo y no estoy en nada de acuerdo con eso. Entonces eso genera un antisemitismo muy errático y maniqueo. Como que hay una diferencia muy grande entre lo que fueron los judíos de Europa y lo que son los judíos de Israel. Yo, en lo personal, no me siento tan identificada con los judíos de Israel, me siento mucho más identificada con los judíos del éxodo. También soy una judía de la diáspora.

**J.S.:** Y, bueno, una última pregunta, Margo. Esto tiene que ver con un texto de Borges donde hablaba de la experiencia judía como modelo para huir de las amarras del nacionalismo. Es decir, la noción de minoría para adoptar una actitud crítica, escéptica en relación a la mayoría, y que también adoptan de alguna manera Deleuze y Guattari al hablar de Kafka. ¿Tú cómo te sientes frente a esa dicotomía que a lo mejor puede ser un poco maniqueísta, que es nacionalismo-cosmopolitismo, el judío como el universal, digamos.

**M.G.:** Creo que ya te contesté. Pero para mí es más interesante un judío como Benjamin, como Kafka, como Brecht, como Schnitzler, como Stefan Zweig, Hermann Broch, todo ese tipo de gente que sabía que era al mismo tiempo judío, pero un judío que se interesaba en el mundo en general, no sólo en el judaísmo; pero hay muchos otros judíos israelíes que me interesan mucho también: Grossman, Appelfeld, Amos Oz, etc. Pues ese tipo que además es totalmente universal, digo, Kafka era totalmente judío, pertenecía a una tradición muy judía, o Celan, que me parece tan importante como personaje y como poeta. Su madre le enseñó a ser cosmopolita, le enseñó el alemán como la lengua madre a pesar de que su lengua era el rumano, y el padre lo sacó de la escuela rumana para meterlo a una escuela rabínica. Entonces, ¿qué problemas le causó eso a Celan? ¿Por qué Celan no se fue a Israel, o por qué Benjamin no se fue a Israel, o

por qué Theodor Adorno, su gran amigo, tampoco? No soporto los nacionalismos. Creo que los judíos se han vuelto nacionalistas en Israel. Y a mí me interesa más el judío de la diáspora, que probablemente es ahistórico, porque los judíos en la diáspora tenían derecho también a un país, y no a vivir siempre en un territorio idílico y siniestro como la Diáspora. Pero, bueno, yo coincido más con la Diáspora y con lo universal del judaísmo, aunque creo firmemente que el Estado de Israel debe existir, pero sin Netanyahu y como estado binacional.